

:Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V6

Capítulo 16: Un joven dragón sueña con el distante dragón plateado mayor.

—¿Entonces puedes llevarme a casa? —En sus veinte cortos años como dragona, Losvis había tenido muchos pretendientes y escuchado todo tipo de confesiones elaboradas, aunque no había aceptado ninguna. Aun así, había acumulado una considerable experiencia tratando con los pretendientes insistentes.

Pero aquel tipo llamado Leon parecía completamente impredecible.



¿Acaso una persona normal diría “Entonces puedes llevarme a casa” después de ser rechazada por una chica?

Podrían llamarlo loco, pero no tanto. Al menos sabía guardar silencio cuando Losvis estaba concentrada en su lectura, e incluso le abría la puerta.

Pero tampoco se podía decir que tuviera un razonamiento normal; su reacción ante el rechazo desconcertaba genuinamente a Losvis.

La dragona, aferrando su libro, lo miró fijamente.

Leon sonrió. Su sonrisa seguía siendo tan radiante y alegre como siempre, aparentemente inofensiva.

Tras un momento, Losvis habló con calma:

—No. —Seguía siendo un rechazo.

Leon era, sin duda, distinto de los aburridos pretendientes que había conocido antes, pero eso no era razón suficiente para caminar con él.

Normalmente, lo habría considerado, pero en ese momento... Roseweiser bajó la mirada a los libros que llevaba en brazos y suspiró.

Luego, ignorando a Leon, se giró y siguió caminando hacia su dormitorio.

Leon se quedó donde estaba, observando cómo su joven y distante esposa se alejaba.

Aunque lo había rechazado otra vez, esta vez Leon pareció notar algo.

Después de rechazarlo, ella bajó la mirada a los libros y suspiró.

Tras ocho años de matrimonio, Leon conocía muy bien las pequeñas manías de Roseweiser.



Por ejemplo, repetía lo que decía cuando mentía.

Y también, no podía relajarse ni disfrutar de nada hasta haber resuelto por completo algún asunto pendiente. Incluso para hacer cosas que deseaba, esperaba a que todo estuviera solucionado.

Así que parte de la razón de su negativa debía estar relacionada con los libros que cargaba o con lo que estaba haciendo, lo cual parecía inquietarla.

Pensando en eso, Leon la alcanzó rápidamente.

Esta vez no buscó conversación trivial, sino que fue directo al punto:

—Si necesitas ayuda con estas tareas, puedo darte una mano.

Roseweiser no se detuvo; siguió mirando al frente.

—Gracias, pero no hace falta. Puedo hacerlo sola.

Bueno, igual que doscientos años después: jamás aceptaba la ayuda de nadie hasta verse completamente sin salida.

Pero eso no significaba que el general Leon estuviera indefenso ante ella.

“Por favor... ¿crees que no sé lo terca que es mi esposa?” —
pensó con una sonrisa cansada.

—¿Tiene que ver con magia elemental? —preguntó Leon,
ignorando su negativa.

Roseweiser lo miró de reojo y aceleró el paso.

Aunque sus acciones buscaban distanciarlo, su tono se suavizó un poco.

—Sí, lo tiene.

—¿Magia de fuego?

—No del todo.

—¿Magia de agua?

—Tampoco exactamente. —Roseweiser se detuvo, frunció los labios y se giró hacia él—. Es una recopilación y organización de las cinco magias elementales básicas.



Leon también se detuvo, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Las cinco magias básicas? Debe de ser una tarea difícil.

—Ya te dije que no es una tarea; es mi tesis de grado —
respondió Roseweiser—. Debo terminarla antes del próximo viernes. Dijiste que es muy difícil, y no me queda mucho tiempo. Esta noche tendré que quedarme despierta. Adiós.

Parte de la razón por la que suavizó su tono fue para usar la dificultad de la tesis y el poco tiempo como excusa para disuadirlo.

Claro, tras sufrir tanto con aquella tesis, en el fondo también deseaba que alguien la ayudara.

Por desgracia, en la Academia St. Hiss no existía nadie así.

Ni siquiera el chico frente a ella...

—Ya veo. Los libros que llevas son sobre magia de rayo —dijo Leon, con una mano en el bolsillo y señalando con la otra los antiguos volúmenes que Roseweiser sostenía—. Entonces, de

los cinco elementos de tu tesis, solo te falta la parte de magia de rayo, ¿verdad?

Roseweiser parpadeó, sorprendida.

—Eres muy observador... Sí, solo la magia de rayo —admitió—. Pero es muy rara. En toda la Academia St. Hiss solo uno o dos profesores la dominan, y ahora están fuera en misión.

Así que solo puedo basarme en los textos antiguos, pero es demasiado lento... y además, no estoy familiarizada con la magia de rayo.

Al decir eso, Roseweiser se detuvo. De repente se dio cuenta de que había hablado demasiado con alguien a quien conocía hacia menos de tres horas.

Bajó la mirada; su voz mostraba una ansiedad contenida.



—Puedo ayudarte. —Roseweiser se quedó helada.

—¿Q-qué?

Leon se encogió de hombros y repitió con naturalidad:

—He dicho que puedo ayudarte.

—¿Tú? —Bajo la luz de la luna, Roseweiser lo observó con atención.

Cabello negro, ojos negros, rasgos firmes y atractivos; distinto de los jóvenes afeminados de otras familias privilegiadas de la academia.

Pero tampoco parecía alguien que supiera magia de rayo.

Y lo más importante...

—No recuerdo haberte visto en la academia. ¿Estás en mi mismo año?

—Eh... sí... soy un año menor que tú, mayor.

Roseweiser arqueó sus cejas plateadas.

—Entonces, ¿cómo piensas ayudarme, joven?

En cuanto terminó de hablar, un rayo azul chispeó en la mano de Leon, iluminando el hermoso y sorprendido rostro de Roseweiser.

—Magia de rayo...

—Así es, y es innata, no aprendida después. —Leon apagó la chispa y sonrió con satisfacción—. ¿Qué te parece? Impresionante, ¿verdad, mayor?

“Mayor y joven... mmm, no es mala idea” —pensó el general Leon—. “Lo recordaré para probarlo con la dragona madre cuando acabe el retroceso de memoria.”

Tras la demostración, los ojos de Roseweiser se iluminaron.

—Mmm... despertar un atributo elemental tan raro y dominarlo tan bien, es realmente impresionante.



—Entonces, ¿cómo puedo ayudarte? —preguntó Leon.

Roseweiser parpadeó, sorprendida, y no respondió enseguida.

—¿Por qué quieres ayudarme?... Ni siquiera te conozco.

Si se tratara de otra persona, Roseweiser no habría hecho esa pregunta; sabría que la ayuda solo sería una excusa para acercársele.

Pero a ella no le gustaba ese tipo de comportamiento; lo sentía como un favor impagable. Por eso, no aceptó de inmediato.

Preguntó porque Leon se comportaba de forma diferente a los demás, y presentía que sus motivos tampoco serían los mismos.

Leon se rascó la cabeza, dubitativo.

“¿Por qué ayudarte...? Bueno...” —pensó—. “Debería decir algo como: ‘Nos casaremos dentro de doscientos años, así que no necesito una razón’? No, eso sí que sonaría completamente loco.”

Tras pensarlo, respondió con calma:

—No hay una razón específica, pero no trabajaré gratis para ti.

Roseweiser asintió. Entendía el principio de la deuda y el favor, y su franqueza no le resultó desagradable.

Comparado con esos pretendientes pretenciosos, Leon era directo y sin rodeos, lo que le resultaba refrescante.

—¿Qué quieres, entonces? —preguntó.

Leon titubeó un momento. No esperaba nada realmente, pero sabía que ella no aceptaría su ayuda sin motivo, así que improvisó una excusa.

—En realidad no quiero nada, pero... ¿podríamos cenar juntos después de que termines tu tesis?

Roseweiser lo miró, desconcertada.

—¿Cenar juntos?

—Ah... si te preocupa que los demás lo malinterpreten si nos ven, no hay problema.



—Oh, no, no es eso —respondió—. Solo me sorprende que quieras ayudarme a cambio de una cena.

Leon asintió con seriedad.

—Si crees que una cena no es suficiente para devolverte el favor, entonces...

—¿Entonces...?

—Dos cenas.

—...

**Definitivamente, nunca podría adivinar qué diría después.
¡Estaba completamente loco!**

Traducido por:

©Rex — RexScan